

MICHEL DE MONTAIGNE

SOBRE LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS

precedido por

SOBRE LOS MAESTROS

Edición y traducción
de Mauro Armiño



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección HISTORIA Y PENSAMIENTO, 59

Serie Perspectivas, 3

© Edición y traducción del francés, Mauro Armiño, 2026

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU, 2026

Todos los derechos reservados.

Primera edición: enero, 2026

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño de cubierta: Ezequiel Cafaro

Imagen de cubierta: *El maestro severo*, Jan Steen (1626-1679), pintura
al óleo, colección particular.

ISBN: 979-13-87624-40-8

Thema: DNL, JNAM

Depósito legal: M-622-2026

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

Sumario

PRÓLOGO	9
NOTA DE EDICIÓN	29
BIBLIOGRAFÍA	31
SOBRE LOS MAESTROS	35
SOBRE LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS	63
CRONOLOGÍA DE MICHEL DE MONTAIGNE	141

Prólogo

Fue Erasmo uno de los pensadores que planteó en el siglo XVI el problema de la educación, viejo tema que ya habían tratado los filósofos griegos. Montaigne va a insistir en el tema a lo largo de los *Ensayos*, pero dedica de modo concreto y especial al problema dos de sus ensayos del tomo I, los capítulos XXIV y XXV: «Sobre los maestros» y «Sobre la educación de los hijos». Como siempre, recopila para ello citas de los Antiguos para pasarlas por el tamiz de su propia experiencia vital y del pensamiento que ha ido forjando sobre un tema que afectaba a la Europa «civilizada». Las quejas sobre la incultura de la clase dominante —Montaigne pertenece a ella, y habla desde ella— era cosa sabida que traspasaba fronteras; por ejemplo, en Italia, que consideraba el aumento de la incultura francesa entre la nobleza desde la época de los Valois, que habían reinado desde 1265 hasta 1589; un poeta como Torquato Tasso (1544-1595), célebre autor entonces por su *Jerusalén liberada* (1581/1582), lo asegura en su *Lettera nella quale paragona l'Italia alla France*. Italia estaba ya en pleno Renacimiento

iniciado a finales del siglo xv —aunque a principios del xiv empezaron a apuntar características fundamentales del movimiento—: después de siete reyes Valois, el último, Carlos VIII, inició la primera guerra de Italia (1494-1497) a cuenta de los derechos de la casa de Anjou sobre el reino de Nápoles. Para Tasso, y Montaigne está de acuerdo con él sobre las causas, el exceso de civilización en Italia provocó su derrota frente a la fuerza sin el menor atisbo de cultura de Francia.

Los *Ensayos* podrían tildarse de eminentemente autobiográficos por la cantidad de referencias que, en medio de su concepción del mundo, incrusta Montaigne sin más pretensión que la de ofrecerse como ejemplo —de la educación recibida, como en estos dos ensayos— o como protagonista de un viaje a Italia o de sus intervenciones «diplomáticas» entre facciones rivales de la política francesa; pero desde luego no es autobiografiarse el objetivo del libro. Aquí y allá hay referencias y alusiones a la vida del autor que se pueden tomar como correas de transmisión sentimental, de intentos de proximidad entre Montaigne y el lector, al que parece acercarse con una confidencia personal e íntima. El hecho está en la médula misma de la escritura de Montaigne, que cree en sus ensayos como en una conversación consigo mismo y, por lo tanto, con quien los lee; este puede tener la sensación de que el autor está al otro

lado del sillón, diciendo, aconsejando, mostrándose o exhibiéndose como ejemplo, como protagonista de hechos que pueden suceder a todo humano en cualquier contexto.

Michel Eyquem de Montaigne (1533-1592) deja rastros en sus *Ensayos* tanto de su vida pública como de su vida privada, pero, evidentemente, solo refiere datos de una parte de esa existencia que empezó en el *château* de Saint-Michel-de-Montaigne, castillo-fortaleza familiar comprado por su bisabuelo, Ramon Eyquem (1402-1478), un burgués enriquecido con el comercio del bacalao. El abuelo, que continuó los negocios familiares, heredó ese señorío de Montaigne, cuya compra había ofrecido a la familia un primer escalón hacia el acceso a la nobleza. Lo confirmará el padre de nuestro filósofo, Pierre Eyquem (1495-1568), al abandonar su estado de comerciante burgués y plebeyo para iniciar la carrera de las armas (1515-1527) y participar al lado del rey Francisco I en varias de las guerras de Italia. Hacía años, desde 1519, que tenía derecho a declararse «hombre noble, señor de Montaigne, escudero», pero no le bastó con esas campañas militares: intervino en la vida pública de Burdeos como consejero y más tarde alcanzó el cargo más honorífico de su vida, el de alcalde de Burdeos (1554-1556), que le permitió viajar a la corte parisina para negociar el restablecimiento de los privilegios de su

ciudad, sobre todo los referentes al comercio del vino.

En cuanto a su madre, Antoinette de Louppes de Villeneuve (López de Villanueva, ca. 1511-1601), procedía de una de las muchas familias de marranos —judíos conversos sospechosos de seguir practicando su antigua y prohibida religión—, oriunda de Zaragoza, instalada a finales del siglo xv en Toulouse, no sin motivo: a la familia perteneció Pablo López de Villanueva, judío quemado vivo en 1491 por la Inquisición española.¹ También los López de Villanueva se habían dedicado con éxito al comercio en su nueva patria, integrándose perfectamente en la sociedad y costumbres de cristianos franceses hasta el punto de sospecharse que Antoinette profesó la religión protestante, cuestión delicada porque las históricas guerras de religión iban a estallar en vida de Montaigne: entre 1562 y 1598 fueron ocho esas guerras declaradas entre partidarios del catolicismo y partidarios del protestantismo. El ascenso a la corona de Enrique IV, primer borbón que ocupa el trono francés, acaba con esas luchas; el nuevo rey, de religión protestante, no tiene empacho en proclamar, según la frase apócrifa que se le atribuye: «París bien vale una misa», ya que la

1 Sophie Jama ha estudiado en *L'Histoire juive de Montaigne* (Flammarion, 2001) la influencia del pensamiento judío y de los cristianos nuevos, como lo era su madre, en los *Essays*.

ley francesa exigía la religión católica a quien fuera su monarca. Se iniciaba el período de mayor brillantez de Francia, con la primera etapa del reinado de Luis XIV como su punto culminante, y con el biznieto del Rey Sol, Luis XVI, guillotinado en 1793 tras la Revolución francesa, como su mayor descalabro.

Durante las ausencias militares de su esposo, Antoinette se hizo cargo de la dirección de la hacienda; su fuerte personalidad influyó en su trabajo como «intendente» comprando y cambiando tierras, hasta el punto de mostrarse orgullosa, en su testamento, de haber «bonificado y aumentado» la *maison* Montaigne. Orgullo legítimo para Antoinette, cuya expresión no deja de ser un dardo contra el escaso beneficio que su hijo Michel aportó a la hacienda familiar.

En contacto con humanistas durante las campañas italianas, cuando ya el Renacimiento avanzaba en el país transalpino, Pierre Eyquem adoptó para su hijo un sistema educativo poco frecuente; enviado a poco de nacer a casa de una nodriza, en Papassus, aldea situada a 50 kilómetros de Burdeos, Michel de Montaigne agradecerá a su padre esta decisión que tenía por objeto, según sus palabras, conciliarlo «con el pueblo y esa clase de hombres que tienen necesidad de nuestra ayuda [...]». Su designio no salió del todo mal, me consagró de buen grado a los pequeños». El filósofo agradecerá siempre «al

mejor de los padres» ese sistema de enseñanza, rematado más adelante con el encargo a su hijo de traducir el *Liber Naturae sive creaturarum*, del filósofo y teólogo de la universidad de Toulouse, barcelonés de nacimiento, Raimundo de Sabunde (Ramón Sibiuda, ca. 1385-1436). Montaigne no dudará en integrar esa traducción en el libro II de los *Ensayos* (capítulo XII) bajo el título de «Apología de Raimond de Sebonde».

Pierre Eyquem conocía los principios dictaminados por Erasmo para la educación de los hijos, y se atuvo a ese programa desde el principio. Más o menos a los dos años, cuando Michel regresa al castillo familiar, tendrá a un médico y profesor alemán —probablemente Gisbert Horst— como preceptor para que aprenda «las humanidades» y el latín, que en ese momento era la segunda lengua entre la élite europea cultivada, y que será la lengua materna de Montaigne. Puede parecer estrambótica la decisión paterna y sus secuelas: tanto sus padres como la servidumbre y los vecinos más cercanos al castillo estaban obligados a hablar (o chapurrear al menos) algunas palabras en latín cuando el niño estaba presente. El propio Montaigne confiesa que, al menos a los seis años, apenas tenía conocimientos de la lengua francesa. Pero Pierre Eyquem terminó rindiéndose, «se dejó arrastrar por la opinión común» y envió a su hijo al colegio de Guyenne de Burdeos, importante centro

de difusión humanista que giraba en torno a la figura de André de Gouveia (1497-1548), humanista de origen portugués y pedagogo que había sido rector de la Universidad de París en 1533.

Los seis años que pasó en el colegio de Guyenne, más los estudios que luego hizo de Derecho en las universidades de Toulouse y de París, permitieron a Montaigne incorporarse al parlamento de Burdeos en 1556 y desempeñar durante casi quince años el cargo de consejero jurado; su labor hará que, cuando se retire, reciba el título puramente honorífico de gentilhomme de la cámara del rey, así como ser agraciado con ese mismo título por Enrique de Navarra y, más tarde, condecorado por el rey Carlos IX (1550-1574) como caballero de la orden de Saint-Michel. En esos quince años, que él mismo llama su «etapa política», desempeñó en el parlamento de Burdeos distintos cargos, empezando en 1554 por el de consejero de la Cour des Aides (asuntos fiscales) del Périgieux, que le permitieron relacionarse con el parlamento de Burdeos (1557-1570) y con la corte, en especial con Pierre de Villeneuve (1639-1697), marqués de Trans, que facilitó esos cargos y condecoraciones.²

En 1577 intervino además diplomáticamente en los enfrentamientos provocados por las guerras de religión, tratando de acercar

2 El detalle de los cargos políticos que desempeñó puede verse en la Cronología (pp. 141-154).

—a través del mariscal de Matignon (1525-1598), amigo y sucesor suyo en la alcaldía de Burdeos, además de teniente general del rey de la Navarra francesa (a partir de 1589, Enrique IV de Francia)— a este y a su primo, el rey Enrique III (1551-1589). En la octava guerra de religión, este monarca se veía asediado por la Liga que formaban los católicos enfrentados al protestantismo y dirigidos por el duque de Guise y por su primo, de religión hugonote. Tras el asesinato de Enrique III, que no dejaba heredero, el citado Borbón de Navarra (Enrique IV) se hacía con el cetro francés. El propio Montaigne confiesa que no fue muy importante su papel como mediador, que lo obligó a salir de su retiro de veinte años; la postura de Montaigne, fiel a ambos reyes aunque enfrentado a la Liga, no deja de tener un punto de ambigüedad dada su adscripción al grupo de católicos moderados.

La muerte de Pierre Eyquem en 1566 y la herencia recibida permitieron a nuestro autor retirarse de las obligaciones políticas y diplomáticas para dedicarse al *ocio*, a su afición por los libros —la lectura, luego la escritura—, despertada en él durante su estancia en el colegio de Guyenne. Una vez retirado, solo lo sacará de su biblioteca, además de la citada intervención en favor del final de esa guerra de religión, la política de su región natal, asumiendo el cargo (1581), ya ejercido por su padre, de alcalde de

Burdeos, para el que sería reelegido por otros dos años en 1883: hubo de enfrentarse entonces a las luchas entre católicos ultras y moderados, así como a la delicada situación en que se encontraba el mariscal de Matignon frente al futuro Enrique IV. Durante su segundo período como alcalde, se ausentó de la región cuando se declaró en Burdeos una peste que, en medio año, causó unas quince mil víctimas. Su justificación para esa ausencia y para su negativa a volver fue, según una carta, el temor al contagio; tal alejamiento no fue criticado por sus coetáneos, pero le ha sido reprochado por los comentaristas modernos.

Hay dos hechos capitales en la vida y la obra de Montaigne. El primero, su amistad con Étienne de La Boétie (1530-1563), que a los 18 años había escrito (en latín) un breve *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*, diatriba contra el absolutismo y la tiranía, cuyo manuscrito, aunque conocido por varios amigos e intelectuales, solo se publicaría, precisamente por Montaigne, en 1572; pero las *Mémoires de l'Estat de France sous Charles Neufiesme* de La Boétie, que contenían el *Discurso*, fueron condenadas y quemadas en Burdeos en 1579. Cuando Montaigne leyó las escasas páginas de ese *Discurso*, quiso conocer al autor; tuvieron sus primeros encuentros probablemente en 1558, en el palacio bordelés de l'Ombrière en el que

Nota de edición

Sigo para la traducción de estos dos ensayos sobre la educación de Michel de Montaigne el texto de la edición póstuma de 1595, al cuidado de Marie de Gournay, a través de las ediciones más recientes dirigidas por Jean Céard («La Pochothèque», 2002) y por Jean Balsamo, así como las de Michel Magnien y Catherine Magnien-Simonin («Bibliothèque de la Pléiade», 2017). También he tenido a la vista la de Pierre Villey, que sigue el ejemplar de Burdeos, desconocido durante cuatrocientos años y editado en 1802 por Jacques André Naigeon por primera vez.

Traduzco a pie de página las citas literarias en latín, griego o italiano del original, y anoto de la forma más escueta posible las figuras históricas y las referencias geográficas a las que Montaigne alude, anotación que hubiera sido imposible sin las excelentes ediciones y diccionarios sobre Montaigne citados en la Bibliografía.

SOBRE LOS MAESTROS¹

1 Montaigne utiliza el término *pendatisme*; *pédant*, término que la lengua francesa hereda del italiano *pedante*, de origen incierto, quizá una deformación de *pedagogo*, en Italia tuvo la significación de «maestro» desde mediados del siglo xv; pero ya en 1524 un escritor veneciano calificado como «el primer Moderno», Pietro Aretino (1492-1556), lo emplea en el sentido final de pedante: persona que hace gala de una cultura y de un saber recientemente adquirido y superficial. El término *pedagogo* italiano fue identificándose en el habla popular con *pedante*, «el que va a pie, peatón» —derivado del latín *pede*, *pie*—, por acompañar constantemente a sus alumnos. El sentido de «encargado de la educación de niños», ya desusado, por analogía y en sentido despectivo ha terminado designando en las lenguas derivadas del latín a persona «engreída y que hace inoportuno alarde de erudición, téngala o no en realidad» (DRAE).

En mi infancia me enojé a menudo al ver en las comedias italianas² a un maestro convertido en necio, y que el nombre de *magister* [maestro] apenas tenía significación más honorable entre nosotros. Porque, dado que me habían entregado a su gobierno y custodia, ¿qué menos podía hacer que estar preocupado de su reputación? Yo trataba de excusarlos por la natural disparidad que hay entre el vulgo y las personas excepcionales y eminentes por su juicio y saber, dado que unos y otros viven de forma totalmente opuesta. Pero no podía comprender que los hombres más distinguidos fueran los que más desprecio mostraban hacia ellos, testigo nuestro buen Du Bellay:

*Mais je hais par sur tout un savoir pédantesque.*³

2 El comediógrafo italiano Francesco Belo (siglos xv-xvi) fue el primero en hacer una caricatura del humanismo en *Il pedante*, comedia impresa en 1538, cuyo protagonista utilizaba una jerga pedante. Inauguraba una crítica de la pedantería que continuaron Pietro Aretino (*El ridículo*) o Della Porta (*La criada*).

3 «Pero sobre todo odio un saber pedantesco», Du Bellay, *Les Régrets*. Ese libro, publicado en 1558 recogía los poemas escritos durante el viaje de Du Bellay a Roma de 1553 a 1557. Joachim du Bellay (1522-1560) estudió a los Antiguos y sobre todo a los

Y es una costumbre antigua, porque Plutarco dice que griego y estudioso eran palabras de reproche y desprecio entre los romanos.⁴

Después, con la edad, he descubierto que tenían muchísima razón, y que *magis magnos clericos non sunt magis magnos sapientes*.⁵ Pero sigo preguntándome cómo es que un espíritu rico por el conocimiento de tantas cosas no se vuelve más vivo y más despierto, y que un espíritu grosero y vulgar pueda albergar en sí mismo, sin mejoría, las reflexiones y los juicios de los espíritus más excelsos que han existido en el mundo.

Al recibir a tantas mentes ajenas, tan vigorosas y tan grandes, es preciso (me decía una joven, la primera de nuestras princesas,⁶ refiriéndose a

poetas italianos; en 1549 publicó su *Défense et Illustration de la Langue Française*, manifiesto de los poetas de La Pléiade en el que proclamaba la necesidad de abandonar la retórica de las viejas formas y lanzarse a la escritura de los nuevos géneros: odas, elegías y epopeyas.

4 Según Plutarco, en Roma los artesanos llamaban a Cicerón «el griego y el estudioso» (Cicerón, VI). Plutarco, historiador griego (ca. 46-ca. 120), fue autor de *Vidas paralelas*, donde compara y coteja de forma sistemática personajes históricos griegos y romanos.

5 «Los mayores doctos no son los que más saben». Dicho medieval en latín macarrónico, que proclama el monje Jean des Entommeures, personaje del *Gargantúa* (cap. xxxvii) de Rabelais, que seguirá a Pantagruel en los tres últimos libros del ciclo rabelésiano.

6 Puede referirse a Catalina de Borbón (1559-1604), hermana de Enrique de Navarra (luego Enrique IV de Francia), o a la primera esposa de este, Margarita de Valois (1572-1599), repudiada por el monarca, que consiguió del Vaticano la anulación de su matrimonio.

alguien) que la suya se comprima, se reduzca y empequeñezca, para hacer sitio a las otras.

De buena gana diría que, como las plantas se ahogan por exceso de agua y las lámparas por exceso de aceite, igual ocurre con la actividad de la mente por exceso de estudio y de materia. Saturada y embarullada por una gran diversidad de cosas, pierde la capacidad de desenvolverse, y esa carga la tiene encorvada y encogida. Pero en realidad no ocurre eso, porque nuestro espíritu se ensancha cuanto más se llena. Y en los ejemplos de los Antiguos se ve, en cambio, que hombres muy competentes en el gobierno de los asuntos públicos, grandes capitanes y grandes consejeros en los asuntos del Estado, han sido al mismo tiempo muy sabios.

En cuanto a los filósofos alejados de toda ocupación pública, es cierto que también fueron despreciados a veces por la libertad de los autores cómicos de su tiempo,⁷ porque sus opiniones y sus maneras los volvían ridículos. ¿Queréis convertirlos en jueces de los derechos en un proceso, de las acciones de un hombre? ¡No están muy dispuestos! Todavía siguen buscando si existe la vida, si hay movimiento, si el hombre es una cosa distinta de un buey, qué es actuar y sufrir, y qué clase de animales son las leyes y la justicia. ¿Hablan de un magistrado

7 Aristófanes se burla y ataca a Sócrates en su pieza *Las nubes*.

o le hablan? Lo hacen con una libertad irreverente e incivil. ¿Oyen alabar a un príncipe o al rey? Para ellos es un pastor. Ocioso como un pastor ocupado en esquilas y sacar partido de sus ovejas, pero con mucha más crueldad que un pastor. ¿Estimáis más grande a alguien porque posee dos mil arpendes⁸ de tierra? Ellos se burlan, acostumbrados a considerar el mundo entero como si fueran una posesión suya. ¿Os jactáis de vuestra nobleza porque contáis con siete antepasados ricos? Hacen, sin embargo, poco caso de vosotros, porque no concebís la imagen universal de la naturaleza, y cuántos son los predecesores que ha tenido cada uno de nosotros: ricos, pobres, reyes, criados, griegos y bárbaros. Y aunque fuerais el quincuagésimo descendiente de Hércules, les pareceríais petulante por hacer valer ese regalo de la fortuna. Así los despreciaba el pueblo, porque ignoraban las cosas primeras y comunes, y como presuntuosos e insolentes. Pero esta descripción platónica⁹ está muy alejada de la que conviene a nuestros filósofos. Envidiaban a aquellos por estar por encima de las formas comunes, por despreciar la actividad pública, por haberse labrado una

8 Unidad de superficie anterior al sistema métrico; en la actualidad se emplea en Quebec (Canadá) y algunas zonas de Estados Unidos. El arpende francés medía 180 pies, aproximadamente 58,47 metros.

9 La sátira de los filósofos «etéreos» anterior procede del diálogo *Teeteto* (174b-175 b) de Platón.

vida particular e inimitable, regulada por ciertos principios elevados y sin alcance práctico. A los de hoy se los desprecia como personas que están por debajo de las normas comunes, por ser ineptos para los cargos públicos, por llevar una vida y unas costumbres bajas y viles siguiendo al vulgo.

*Odi homines ignava opera, philosopha sententia.*¹⁰

En cuanto a esos filósofos, digo, así como eran grandes en ciencia, aún eran más grandes en todo género de acciones. Tanto es así que se dice de aquel geómetra de Siracusa¹¹ que, apartado de su meditación para poner en práctica algo en defensa de su país, concibió de pronto ingenios terroríficos con resultados que superaban cuanto se pudiera creer, pero él mismo despreciaba todo lo que había salido de sus manos, por pensar que con ello había corrompido la dignidad de su arte, del cual esas obras no eran más que aprendizaje y pasatiempo. También a ellos, si alguna vez se vieron sometidos a la prueba de la acción, se les vio volar con un vuelo tan

10 «Odio a los hombres, cobardes en la acción, filósofos solo en las palabras», verso de Marco Pacuvio (220-130 a. C.) citado por Aulo Gelio, *Noches áticas*, XIII, VIII, 4.

11 Arquímedes (ca. 287-ca. 212 a. C.), físico, inventor, matemático y astrónomo griego, considerado como uno de los científicos más importantes de la Antigüedad. Cuando los romanos sitiaron Siracusa, se dice que Arquímedes construyó espejos que, reflejando el sol, incendiaban las naves enemigas, o máquinas capaces de levantar barcos en el agua.

alto que su corazón y su alma parecían haber aumentado y enriquecido por la comprensión de las cosas. Pero algunos, viendo el lugar del gobierno político ocupado por hombres incapaces, se echaron atrás. Y el que preguntó a Crates¹² hasta cuándo habría que filosofar recibió esta respuesta: «Hasta que no sean arrieros los que conducen nuestros ejércitos». Heráclito¹³ entregó la realeza a su hermano. Y a los efesios, que le reprochaban pasar el tiempo jugando con los niños delante del templo, les dijo: «¿No es mejor hacer esto que gobernar los asuntos públicos en vuestra compañía?». A otros, que habían puesto su pensamiento por encima de la fortuna y de la sociedad, les parecieron bajos y viles los sitios de la justicia y los tronos

12 Crates de Tebas (368-288 a. C.), filósofo griego, discípulo de Diógenes y maestro del fundador del estoicismo, Zenón de Citio (334-262 a. C.). Escribió en verso obras literarias de las que solo nos han llegado fragmentos; en ellas difundía los principios de la escuela cínica y estoica. Refiere la anécdota Diógenes Laercio, escrita hacia la primera mitad del siglo III d. C.: *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, VI, 92.

13 Heráclito de Éfeso (ca. 535-ca. 480), filósofo griego presocrático, cuya vida conocemos a través de la citada obra de Diógenes Laercio. Pertenecía a una familia aristocrática de la que heredó el cargo de βασιλεύς —título que se otorgaba a distintos tipos de monarcas o soberanos históricos— en Éfeso, ciudad de la actual Turquía, incluida entonces en el Imperio persa. Su obra, hecha a base de aforismos y expresiones propias de un oráculo, ha influido en pensadores de la edad contemporánea, desde Søren Kierkegaard a Martin Heidegger pasando por Nietzsche.